AQUEL TERRIBLE DOLOR DE CABEZA

Aquel terrible dolor de cabeza hubiese hecho infructuoso cualquier esfuerzo de seguir estudiando; además, la luz del flexo se iba haciendo insuficiente por momentos. Sin embargo, no tenía sueño y meterse en la cama tan pronto no hubiese hecho más que acrecentar la inquietud.

En aquel cuarto había estudiado durante varios años, pero al levantar la cabeza del libro todo le resultó ajeno: desde la reproducción del autorretrato de Van Gogh (en amarillo) hasta un póster de Mafalda dándole la mano a su hermano Guillermo. Tuvo la sensación de estar lejos, de no ser el mismo de aquella mañana. Entonces decidió dar un paseo.

Bajó las escaleras de su casa. «Es extraño—pensó—, esta mañana no era la escalera de caracol.» Se vio obligado a dar muchas vueltas hasta llegar al patio. Todo a su alrededor era inestable y aún hubo de apoyarse en la pared para no caer. El dolor de cabeza continuaba; ahora ya no era tan general, pero incrementaba su intensidad encima y detrás de los ojos. Las macetas del patio estaban borrosas. Al fin pudo salir a la calle. Aquel frescor dándole de golpe en la cara mejoró su estado de ánimo y ya más decidido comenzó a caminar. Pudo concentrarse y reconocer a Daniel, el sereno, que le dio las buenas noches. «Adiós, Daniel; hasta luego.» Anduvo mucho rato sin saber exactamente por dónde o por qué. Se sorprendió junto al río, y mirándolo tal vez pasó una hora. En aquel tiempo se amalgamaron muchos pensamientos: la pedrada que en la cabeza le dieron de niño en el pueblo; la sorprendente historia de un billete de tranvía saliendo de un gran aparato como una radio vieja; el destello de los focos de un fotógrafo; los chillidos de un loro asustado; los ruidos de una dentadura postiza; el chapoteo de un niño en un charco; pero, sobre todo, el color de los ojos de un toro agonizando.

Y ahora estaba allí plantado, a sus veintidós años, viendo cómo el agua se escondía bajo los ojos del puente. No existía el tiempo. Tal vez a su lado pasasen tres o cuatro personas, pero nadie reparó en nadie.

Se sintió contento de repente. Ahora no existían más que esos brillos que a veces dejan las foralas sobre las superficies del agua. Todo era lejano, sí, pero su intimidad se identificó con aquello que sus ojos

captaron en un instante. Fue un instante, es verdad, sin embargo, tuvo la sensación de que aquella alegría sólida e intimista era lo que siempre había deseado.

Pleno de aquella dicha no se dio cuenta que dos gotas de un líquido verde-viscoso caían de sus ojos por la parte externa. Era un líquido fluorescente y dos trazados verticales surcaron su cara. El dolor de cabeza desapareció por completo.

Echó a andar como un Lázaro contento hacia casa.

En el camino descubrió que una calle estaba cuesta arriba. Jamás en aquella ciudad hubo una calle en pendiente. Empezó a subirla y no notó el menor cansancio. Pero lo que realmente le sorprendió era que los edificios estaban inclinados siguiendo la pendiente de la calle y guardaban tan raro equilibrio, que lo extraño era que no se hubiesen estampado contra el suelo.

Se detuvo a contemplar mejor aquel espectáculo de unos edificios equilibristas cuando oyó un ruido semejante al que producen las botellas de champán al ser descorchadas, e inmediatamente obtuvo una visión perfecta de los adoquines del suelo y de la punta de sus zapatos. Los edificios torcidos y la calle empinada desaparecieron de su vista. En seguida notó la cara húmeda y viscosa. Se llevó las manos instintivamente allí donde la humedad era más intensa, y mil puntos diminutos y brillantes ocuparon el lugar que inmediatamente antes tuviesen el adoquinado del suelo y la punta de sus zapatos. Decidió no perder la calma y analizar fríamente aquella situación: había salido de casa con dolor de cabeza, había visto cómo el río se iba, había sentido un profundo bienestar y ahora notaba la cara húmeda viendo sólo algo que debería reconocer mirando hacia el suelo; sin embargo, su cabeza estaba erguida, por tanto, analizó: «Mis ojos han saltado de las órbitas y cuelgan por la cara». Se volvió y echando la cabeza hacia atrás pudo verse en un escaparate.

Sintió un profundísimo desaliento: resplandecía su rostro en una tonalidad verdosa y sus ojos pendían libremente por la cara a la altura de la boca con una dejadez insólita, colgados de una cinta blanquecina.

Antes que pudiese asimilar el fenómeno del que era sujeto sintió un gran picor en el ojo y vio cómo éste descendía unos centímetros, con lo cual ya podía metérselos en la boca. Se colocó delante de una farola y sin ningún esfuerzo los introdujo, con lo cual obtuvo una visión tan perfecta de la boca que dudaba, con bastante fundamento, que humano alguno tuviese una idea tan concreta de lo que era una boca por dentro. Pudo ver el color exacto de cada uno de los dientes, las caries que tenían, y además pudo ver las corrientes de saliva que los rodeaban. La lengua vista tan de cerca deformaba la idea que tenía de ella: era muy húmeda y de un color que nunca había captado tan en esencia. Al tragar

un poco de saliva, los ojos se le fueron hacia atrás; él no pudo hacer nada por evitarlo, y tal vez de estar libres se hubiesen atascado allá donde la angostura del paso lo hubiese permitido, pero por fortuna estaban sujetos a esas cintas blancas, que debían ser los nervios, y no se adentraron más que lo suficiente para producirle unas vivísimas náuseas. Al sentir tan desagradable sensación tiró con fuerza de las cintas, con lo que los ojos salieron fuera; mas antes de salir vio cómo la campanilla ascendía hasta dejar ver una zona de la garganta que le dio miedo.

Lo mejor era volver a casa.

El primer problema que hubo de resolver fue restablecer una visión normal, para lo cual cogió los ojos con las manos y los enfocó hacia adelante. Tuvo que cogerlos con mucho cuidado, pues además de proporcionarle una sensación muy extraña de viscosidad, los ojos se le querían escurrir de entre los dedos. Si los tomaba con demasiada fuerza para que no se le escapasen sentía un dolor bastante agudo, pero no en el sitio donde antes estaban los ojos, sino en el lugar que ahora ocupaban.

Los objetos no tenían una representación clara; éstos aparecían como si se proyectase una película sobre una pantalla ondulada y que, además, se moviese constantemente en todos los sentidos, ya que los ojos a cada paso oscilaban entre los dedos. Hasta cierto punto que las casas apareciesen onduladas era divertido, pero que temblasen ya no, puesto que eso le producía mucho mareo y unas ganas incontenibles de vomitar.

Se apoyó en la pared para no caer. Agachó la cabeza y por su boca salió un chorro líquido que pasó inmediatamente por debajo de los ojos sin tocarlos.

Como en aquellas circunstancias no podía caminar, se metió las cintillas entre los labios lo más cerca posible del lugar de donde arrancaban de los ojos. Así consiguió avanzar con cierta soltura.

Los vómitos le habían producido mucha sed. Pero en aquellas circunstancias, ¿cómo entrar en un bar? En el mejor de los casos hubiese tenido que explicar algo que ni él sabía. Continuó andando. Llegó a una plaza que tenía una pequeña fuente y se encaminó hacia ella; era una fuente de la que salía un chorro hacia arriba. Se agachó a beber, y al abrir la boca, los ojos cayeron sobre el surtidor siendo empujados por el agua. La visión entonces fue horrorosa, semejante a la que tendría un marino al ser engullido su barco por un gigantesco remolino, pero incrementada por el hecho de que junto con el agua los edificios giraron en todos los sentidos imaginables, y así vio cómo un jardín volaba libremente entre las estrellas, cómo las aceras se partían en pequeños trozos y eran impulsadas sobre las casas, cómo los semáforos se acoplaban a las ventanas, cómo los coches circulaban con las ruedas hacia arriba e iban prendidos de una calzada imaginaria. Desde lo alto, los ojos volvieron a caer sobre

el chorro, de tal manera que si no hubiese apartado la cabeza aquellas visiones se hubiesen repetido varias veces. Como la sed era muy viva intentó beber nuevamente, pero esta vez apartando los ojos con las manos hacia los lados.

Era necesario volver a casa urgentemente. Se metió los ojos entre los labios y anduvo.

Ya en su calle se escondió tras una esquina y sacó un ojo por ella para evitar encontrarse con Daniel. Subió a su casa. Lo único que quería era dormir. Se acostó. La poca luz que entraba por la ventana le impedía hacerlo, ya que los párpados no le servían para nada. Estaba muy nervioso, daba vueltas por la cama sin encontrar una postura que le satisfaciera. Era la primera vez que dormía alejado de sus ojos. Quiso aislarlos tapándolos con la mano. Todo resultó infructuoso. Ya cuando comenzaba a amanecer tuvo una brillante idea: se levantó y fue hacia la mesa, cogió una caja de cerillas muy grande y la vació, con unas tijeras hizo dos pequeñas muescas en un lado de manera que al cerrarla no comprimiese a las dos cintas, puesto que su idea consistía en meter los ojos en aquella caja. Cuando lo hizo volvió a tientas a la cama y se tapó.

IGNACIO COBETA

Parque Nueva Zelanda
Isla Cristina, 6, 3.° dcha.
MADRID